

La fiesta religiosa popular en la ciudad

HUGO JOSÉ SUÁREZ

Pocos eventos son colectivos tan universales y trascendentales como la fiesta. En sus distintas formas, intenciones, contenidos, ritmos, expresiones, culturas e historias, la fiesta, como diría Roland Barthes a propósito del relato, “está ahí, como la vida”.¹ De ese mundo de posibilidades, las páginas que siguen se ocuparán de la fiesta religiosa urbana, y afinando todavía más la mira —y la mirada—, de su expresión y funcionamiento en una colonia popular en la Ciudad de México: el Ajusco.²

En América Latina la fiesta religiosa tiene larga data y fue uno de los eventos donde han confluido e interactuado las formas religiosas mesoamericanas con la evangelización católica desde la colonia. De la mano, a partir de las independencias, las fiestas cívicas se han convertido en uno de los momentos privilegiados de encuentro y construcción de identidad nacional, impulsada y resguardada desde el Estado-nación. En su formato popular, oficial, religioso o cívico, la urbe ha sido uno de los principales escenarios para su despliegue.

El problema de la fiesta religiosa en la Ciudad de México no es-

¹ Roland Barthes, “Introduction à l’analyse structurale du récit”, en *Communications*, núm. 8, 1966.

² Este texto se realizó con apoyo del Programa de Apoyos para la Superación del Personal Académico de la UNAM (DGAPA-IPN-UNAM). También agradezco el trabajo del licenciado Diego Contreras Medrano que colaboró en la recolección de datos en El Ajusco. Su aporte fue de suma importancia para la redacción de algunos pasajes de este documento.

capa a un proceso de redefinición de la condición urbana y religiosa en la ciudad. Preguntarse sobre este tema hoy es hacerlo respecto de la reconfiguración de las maneras de crear, las formas de festejar y los mecanismos de inclusión en una colectividad territorialmente fechada. En el fondo es ponerse la pregunta sobre la pertenencia y la construcción de la identidad en una sociedad fragmentada, o como decía Patricia Safa, es “analizar los procesos por los que las personas resuelven sus necesidades de acuerdo con ciertas condiciones objetivas que la ciudad les ofrece, y de acuerdo con costumbres, creencias y tradiciones propias en donde las ‘diversas temporalidades’ se manifiestan”.³

La Ciudad de México se constituye en una serie de agrupaciones humanas de distintas magnitudes, historias, densidades, velocidades y tradiciones en medio de una heterogénea manera de apropiarse del tiempo y del espacio, de construir territorio e identidad.⁴ Según las características propias de cada lugar, se establecerá una relación particular con la fiesta, su uso y significado. Así, los pueblos rurales o semirurales de la urbe celebran de una manera muy distinta una fecha religiosa respecto, por ejemplo, de los condominios o de los edificios modernos. Como han sugerido varios estudios, los lugares de convivencia (colonia, pueblo, unidad habitacional, etcétera), “son espacios urbanos diferenciables, no sólo por su estructura urbana o por los servicios con los que cuenta —que en muchos casos pueden ser similares— sino por la forma en que se concibe, ordena y se consume el espacio, y por la forma en que se ordena la vida”,⁵ y en el corazón, por supuesto, por la manera cómo viven su fiesta:

³ Patricia Safa, “Vida urbana, heterogeneidad cultural y desigualdades sociales: el estudio en México de los sectores populares urbanos”, en *Alteridades*, núm. 2, vol. 1, 1992, p. 3.

⁴ María Elena Portal Ariosa y Lucía Álvarez, “Pueblos urbanos: entorno conceptual y ruta metodológica”, en Lucía Álvarez (coord.), *Pueblos urbanos. Identidad, ciudadanía y territorio en la ciudad de México*, México, UNAM/Porrúa, 2011, pp. 14-23.

⁵ *Ibid.*, p. 13.

Fiestas religiosas, cívicas, familiares y laborales organizan ese *continuum* llamado calendario, desde el cual los sujetos estructuran sus tiempos y espacios colectivos e individuales. La historia del calendario de un pueblo es en muchos sentidos la historia de sus fiestas. Éstas son, en efecto, una forma de organizar y entender la vida; son un corte en el tiempo cotidiano que da sentido al ir y venir de la vida diaria.⁶

La historia del estudio de la fiesta en México —explican Sevilla y Portal— ha tenido distintos momentos, acentos y aproximaciones. Inicialmente es Oscar Lewis en la década de 1950, quien se ocupa de explorar las “ceremonias urbanas de la muerte en la Ciudad de México”. Dos décadas adelante aparecen etnografías que más bien tienen forma de crónica periodística; el inconveniente de este tipo de trabajos es que “fueron pensados para la difusión amplia de la cultura nacional, mostrando el rostro ‘exótico’ y vendible de México”,⁷ por lo que descontextualizaban el problema y se convertían en descripciones folclóricas. En las décadas de 1988 y 1990, luego de la transformación sociopolítica mundial y local y del ingreso de nuevos enfoques en las ciencias sociales, algunos estudios dirigen la atención hacia las fiestas religiosas en la vida urbana, y aseguran que éstas

no sólo dan cuenta de formas de apropiación de lo público y lo privado, sino que también encierran una importante forma de organización social que está articulada a la manera en que los pobladores de la urbe se identifican con ella, la viven, la organizan en tiempos y espacios específicos, se constituyen en sujetos participantes y se reconocen como ciudadanos.⁸

⁶ Amparo Sevilla y María Ana Portal, “Las fiestas en el ámbito urbano”, en García Canclini (coord.), *La antropología urbana en México*, México, Conaculta/UAM/FCE, 2005, pp. 341-342.

⁷ *Ibid.*, p. 357.

⁸ *Ibid.*, p. 360.

Finalmente, en los últimos años, una amplia literatura se ha ocupado del tema con distintos formatos, desde aquellos cuya intención es más bien periodística o las iniciativas institucionales vinculadas a los intereses de las delegaciones o instancias gubernamentales, hasta los estudios científicos.⁹ Entre los últimos, los acentos han mostrado facetas distintas: Salles y Valenzuela estudiaron en Xochimilco “los procesos de configuración de las identidades que surgen a partir de la interacción social desarrollada en las fiestas populares de índole religiosa”;¹⁰ años más tarde Durand pone la atención en la relación entre fiestas y ciudadanía en Xochimilco;¹¹ Portal analiza las prácticas religiosas en San Andrés Totoltepec que “representan uno de los ejes fundamentales por cuya mediación se construye una imagen de mundo y se organizan prácticas sociales”;¹² Lizama se concentra en la Guelaguetza en Oaxaca buscando entender “las relaciones interétnicas en el seno de la ciudad”;¹³ Álvarez y un equipo de investigación analizan la configuración de los pueblos urbanos y la relación entre fiesta, identidad, territorio, cultura y ciudadanía;¹⁴ Portal y Sánchez estudian San Pablo Chimalpa,¹⁵ Oehmichen se ocupa del carnaval en Culhuacán,¹⁶ Brandes de las interacciones del Día

⁹ *Ibid.*, pp. 357-361.

¹⁰ Vania Salles y José Manuel Valenzuela, *En muchos lugares y todos los días. Vírgenes, santos y niños Dios. Mística y religiosidad popular en Xochimilco*, México, El Colegio de México, 1997, p. 17.

¹¹ Víctor Manuel Durand, *Desigualdad social y ciudadanía precaria*.

¹² Ana María Portal Ariosa, *Ciudadanos desde el pueblo. Identidad urbana y religiosidad popular en San Andrés Totoltepec, Tlalpan, México, D.F.*, México, Co-cultura/uam-Ixtapalapa, 1997, p. 30.

¹³ Jesús Lizama, *La Guelaguetza en Oaxaca. Fiesta, relaciones interétnicas y procesos de construcción simbólica en el contexto urbano*, México, CIESAS, 2006.

¹⁴ Lucía Álvarez (coord.), *Pueblos urbanos. Identidad, ciudadanía y territorio en la ciudad de México*, México, CENICH/Porrúa, 2011.

¹⁵ Ana María Portal Ariosa y Cristina Sánchez, “Estrategias culturales, estructuras tradicionales y gestión social en el pueblo urbano de San Pablo Chimalpa”, en *Nueva Antropología*, vol. XXIII, núm. 73, 2010.

¹⁶ Cristina Oehmichen Bazán, “El carnaval en Culhuacán: expresiones de identidad barrial”, en *Iztapalapa*, núm. 25, México, uam-Iztapalapa, 1992, pp. 163-180.

de Muertos y Halloween,¹⁷ Rodríguez¹⁸ y Cruces¹⁹ se detienen en la fiesta, la identidad y la modernidad, Nieto²⁰ analiza la ritualidad secular y sus transformaciones con la videocultura, etcétera.

Del balance general de la producción sobre los estudios de la fiesta urbano-religiosa se pueden sacar dos conclusiones generales:

Por un lado, la creciente necesidad de trabajos que rompan con la idea de comunidades cerradas y autocontenidas, donde la fiesta es una manifestación nada simple de procesos sociales y políticos en los cuales inciden las raíces prehispánicas, refuncionalizadas a partir de la mirada occidental católica y de procesos de modernización propios de la cultura urbana contemporánea; y por otro, que las fiestas son sistemas simbólicos articulados entre sí, que constituyen redes sociales de intercambio y de organización, a través de las cuales la ciudad —aparentemente fragmentada, caótica y sin sentido— se articula, se comunica y genera sentidos culturales específicos.²¹

En la ciudad las fiestas religiosas preponderantemente son de cuatro tipos: las patronales, que se refieren a las que se organizan para celebrar al Santo; las de Semana Santa o eventos vinculados al calendario oficial católico —por ejemplo el enorme despliegue que se genera en Iztapalapa con la representación de la pasión de Jesús—; las procesiones barriales, donde las vírgenes o santos van paseando por el barrio transitando de casa en casa, y las guadalupanas, que

¹⁷ Stanley Brandes, “El Día de Muertos, el Halloween y la búsqueda de una identidad nacional mexicana”, en *Alteridades*, vol. 10, núm. 20, pp. 7-20.

¹⁸ Mariángela Rodríguez Nicholls, “Las fiestas como modeladores de identidades y diferenciaciones”, en *Iztapalapa*, núm. 25, 1992, pp. 13-28.

¹⁹ Cruces, Francisco, “Entrañables tradiciones, popularísimas fiestas y otras cosas de la modernidad”, en *Versión*, núm. 4, abril de 1994, pp. 91-115.

²⁰ Raúl Nieto, “Ritualidad secular, practicas populares y videocultura en la ciudad de México”, en *Alteridades*, vol. 11, núm. 22, 2001, pp. 49-57.

²¹ Amparo Sevilla y María Ana Portal, “Las fiestas en el ámbito urbano”, *op. cit.*, pp. 365.

con distintos formatos suceden el 12 de diciembre.²² Eso no impide que existan intercambios y convivencias con otras formas festivas, por ejemplo las cívicas, las familiares y hasta las políticas.

En lo que sigue de este documento se podrán observar a título de ejemplo con mayor detenimiento algunas de las expresiones de las fiestas urbanas populares. El escenario es la colonia El Ajusco, que se encuentra en la delegación Coyoacán del Distrito Federal. Es una aglomeración de alrededor dos kilómetros cuadrados y 30 mil habitantes, la actividad económica está concentrada sobre todo en el sector terciario, el nivel socioeconómico es bajo, la escolaridad promedio es de nueve años.²³ La densidad religiosa es remarcable, al igual que su diversidad. Hay catolicismo en distintas expresiones, pentecostalismo, protestantismo, santería, Santa Muerte y por supuesto, numerosas expresiones de religiosidad popular.²⁴ Imposible un conteo fiel de la cantidad de fiestas religiosas populares: sobrepasan la capacidad de cualquier investigador por su número y tamaño, pero las más sonadas son la de la Virgen de la Anunciación

²² Ana María Portal Ariosa y Eduardo Nivón, *Cultura y ciudad*, México, DDF/UNAM, 2000.

²³ INEGI, Censo de Población y Vivienda, 2010. Disponible en http://www.inegi.org.mx/sistemas/consulta_resultados/scince2010.aspx (consultada en marzo de 2013).

²⁴ Hugo José Suárez, *Creyentes urbanos*, México, UNAM, 2015. En este libro se pueden observar con detenimiento las distintas orientaciones religiosas en El Ajusco. Ése es un largo trabajo de investigación que dibuja la experiencia religiosa del lugar. Para ese estudio se llevaron a cabo decenas de entrevistas en profundidad, observación participante, registro fotográfico, una encuesta de 500 casos, diario de campo. La mayor parte de los resultados se pueden encontrar en el texto señalado, pero también en algunas publicaciones paralelas (Hugo José Suárez, "Un catolicismo estratégico", en Antonio Higuera, coord., *Religión y culturas contemporáneas*, México, Universidad Autónoma de Aguascalientes/RIFREM, 2011, pp. 273-291; Hugo José Suárez, *Ver y crear. Ensayo de sociología visual en la colonia El Ajusco*, México, IIS-UNAM/Quinta Chilla, 2012; Hugo José Suárez, "Compromiso y fe. Reflexión a propósito de las Comunidades Eclesiales de Base en la colonia El Ajusco", en Hugo José Suarez, coord., *La sociedad de la incertidumbre*, México, UNAM-IIS, 2013). De hecho, la reflexión de estas páginas se nutre ampliamente de los datos recopilados en el marco de aquella investigación.

en marzo; recibimiento y despedida del Señor de la Misericordia en agosto; San Judas Tadeo en octubre; Día de Muertos, Santa Cecilia y Señor de los Milagros en noviembre, y Virgen de Guadalupe en diciembre.

La iglesia más dinámica es la parroquia de la Resurrección, administrada por sacerdotes jesuitas con una orientación pastoral inspirada en la teología de la liberación. La religiosidad popular es la expresión más importante de la vida religiosa en El Ajusco; es remarcable la cantidad de capillas, fiestas, imágenes, peregrinaciones y múltiples manifestaciones de devoción.

Para los fines de este texto, se profundizará básicamente en cuatro experiencias que muestran diferentes rostros de las fiestas religiosas populares. Primero, la fiesta de la Virgen de la Anunciación, que sucede entre la parroquia de la Resurrección y la Capilla de la Virgen, ambas administradas por sacerdotes jesuitas.²⁵ Luego se presenta la fiesta en honor a San Luis Rey, patrono de Nahuatzen (Michoacán), pero que se celebra en El Ajusco impulsada por los migrantes michoacanos en coordinación con las autoridades parroquiales.²⁶ En tercer lugar, se procede con la fiesta cívico-religiosa del 15 de septiembre, que representa una singular forma de conjunción entre lo político, lo popular y las creencias.²⁷ Finalmente, los festejos a la Virgen de Guadalupe el 12 de diciembre, poniendo particular detalle en un par de casos especialmente activos.²⁸

Hay que señalar que los cuatro casos aquí expuestos responden a una tipología de las fiestas religiosas populares construida a partir

²⁵ Para ese apartado, retomamos las reflexiones y observaciones realizadas en marzo del 2008, algunas de las cuales fueron publicadas en Hugo José Suárez, *op. cit.*, 2012.

²⁶ Las observaciones de terreno se las hizo en la fiesta de agosto de 2008. Parte de las mismas están con menor detalle en Hugo Suárez, *ibid.*

²⁷ Los datos para este apartado corresponden tanto a la fiesta de septiembre de 2008, como a la de 2013, en la cual se pudo tener mayor información gracias al trabajo de Diego Contreras Medrano.

²⁸ Para este apartado se observó la dinámica de la fiesta durante los años 2008, 2010 y 2011, y se realizaron entrevistas en el transcurso de 2013.

de su capacidad de autonomía e innovación,²⁹ e intentan poner cuerpo a algunas de las maneras como se realizan operativamente. Por eso se describen en detalle pasajes importantes buscando que la densidad de la descripción —como decía Geertz³⁰— permita extraer el mundo de significaciones que está implicado en estos eventos.

FIESTA PATRONAL URBANA: LA VIRGEN DE LA ANUNCIACIÓN

La parroquia de la Resurrección —técnicamente rectoría— y la Capilla de la Anunciación son administradas por sacerdotes jesuitas desde hace más de 40 años. La fiesta de la Virgen de la Anunciación sucede a finales de marzo, consolidando el lazo entre los dos espacios religiosos. Los preparativos toman meses, la Comisión de Fiestas Patronales —vinculada a la estructura parroquial— es la responsable de organizarla hasta en sus más pequeños detalles. Semanas antes, se pone una caja de madera en el templo: “Fiesta de la Anunciación, deposita aquí tu donativo para la fiesta, gracias. Por tu apoyo que Dios te bendiga”. Los días previos, la Comisión se reúne en la capilla. Son una quincena, todos adultos. Se recuentan las cuestiones del dinero y del operativo. Uno dará arroz, otro guisará, alguno conseguirá sillas, un primo el café, alguien contratará la lona, la mampara, otro grupo irá al tianguis a pedir dinero entre la gente. Todo, la economía, el contenido y el éxito del evento, depende de la participación colectiva. Siempre hay alguna manera de participar con grados de intensidad variados de acuerdo a las posibilidades y voluntades de cada quien. En esta ocasión, vendrá el obispo, lo que introduce un nuevo tema que arreglar: quién se sentará en la mesa a desayunar con él. Se opta no por una decisión jerárquica sino ideológico-económica: lo harán los más pobres. El sacerdote instruye que se entreguen boletos a quienes tienen menos recursos. Prácticamente ya todo está listo.

²⁹ Hugo José Suárez, *op. cit.*, 2015.

³⁰ Clifford Geertz, *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 2003.

Pero la Comisión no es la única que trabaja. Mere, una vecina vinculada a la parroquia hace un trabajo silencioso y paralelo. Su responsabilidad no es lo administrativo sino lo espiritual: es la responsable de llevar la imagen de la Virgen de la Anunciación —perteneciente a la Parroquia— por los domicilios particulares unos días antes de la fiesta. Me encuentro con ella y recogemos la imagen en una de las calles interiores cercana a la iglesia. A la llegada nos están esperando varias personas. En el segundo piso de la casa con una arquitectura abigarrada, en el cuarto de la izquierda que en días ordinarios es la sala, está la Virgen iluminada y vestida de blanco. La familia entera espera; abuelos, hijos y nietos, también vecinos. Salimos en una pequeña procesión hacia la segunda casa, son unas 15 personas; Mere inicia con oraciones. En el camino, los jóvenes cargan la imagen, los que estamos atrás acompañamos con velas. Mere canta y hace cantar. En el otro domicilio la puerta tiene el afiche oficial con todas las actividades que habrá ese fin de semana en honor a la Virgen y varios adornos. Nos instalamos en el estacionamiento, la Virgen primero, los demás —ahora unas 25 personas— a su alrededor sentados en sillas de plástico rentadas por los dueños de casa. Mere dirige el rosario y anima con cantos. En algún cuarto del fondo alguien toca *rock*, se escucha hasta donde todos estamos, aunque no interfiere la reunión. Los rezos concluyen y comparte atole y pastel.

Mere me cuenta que ella es la encargada del novenario tanto en los eventos de la Anunciación en marzo como en los de la fiesta parroquial en noviembre. Cumple esa tarea hace 15 años, vive en Santo Domingo, cerca de otra parroquia, pero prefiere participar en la Resurrección aunque le quede más lejos. Vive en la zona hace 30 años, es originaria del Estado de México. En su larga trayectoria de llevar la Virgen por varios domicilios ha vivido distintas experiencias, al principio tenía que tocar puerta a puerta para ofrecerla, y ahora que ya la conocen la gente se acerca para pedirla. Incluso dice que no faltan quienes la quieren tener repetidas veces, “como si fuera suya”.

El sábado en la tarde empiezan a reunirse los santos y los fieles en el atrio de la Parroquia de la Resurrección formando un pasillo

para acompañar a la Santísima Virgen de la Anunciación en su recorrido de la parroquia a la capilla ubicada a cinco cuadras. Están las imágenes de las iglesias vecinas: Virgen de la Candelaria, San Miguel Arcángel, San Juan Bautista, Santos Fundadores, San Alberto Magno, Santa Úrsula, Señor de los Milagros, San Martín de Porres, San Luis Rey, Cristo Rey y el Divino Rostro, todas adornadas con flores y puestas sobre tarimas para ser cargadas en hombros de sus fieles que en algunos casos están uniformados con playeras que llevan inscrito el nombre de su santo. En lo que llega la hora de partir, la reunión de Santos permite un encuentro cercano e informal de muchas personas con distintas intenciones: las imágenes que suelen estar en el altar ahora están al alcance de todos. Así parecen entenderlo quienes se acercan y las tocan, acarician sus manos, sus llagas, sus rostros y les ponen flores. Muchos les toman fotos con sus celulares; una niña arreglada de fiesta con su mejor vestido, zapatos de charol y corona posa frente a una de las imágenes para que sus padres le tomen una fotografía. Los santos están entre nosotros.

Los chinelos llegan por la puerta lateral con música y movimiento que les abre el paso, y una bandera blanca por delante: "Comparsa de la Resurrección". En el centro de la cancha, con prudente distancia de la gente, tiran cohetes que se pierden en el cielo y contribuyen al ambiente festivo. Ahora hay explosiones, baile y sonido, es hora de la presencia de la dueña de la fiesta. Llega la Virgen de la Anunciación y comienza la romería hacia la capilla; los chinelos con la banda abren paso entre los coches, le siguen la Virgen y todos los santos. La gente va a los costados, la mitad de la avenida es ocupada, es sábado en la tarde, poco importa. Para cruzar las calles los semáforos no son tomados en cuenta, se detiene el tráfico sin mayor inconveniente. Varios grupos de varones se relevan para cargar las pesadas imágenes, las mujeres acompañan con música y oraciones. Empieza a llover aunque no hace frío. Los peregrinos sacan un paraguas, no para ellos sino para las imágenes que son cubiertas con cuidado mientras continúan su camino. Al paso de los santos y las vírgenes, la gente los saluda, se persignan, otros salen a las ventanas, algunos aplauden.

A la llegada a la capilla, todos entran ordenadamente y se acomodan alrededor de la Virgen de la Anunciación, que ocupa un lugar privilegiado. Un arreglo de flores de colores los espera en el portón, en el centro el Ángel frente a la Virgen; al pie, un texto: "Hágase en mí según tu palabra". Llegó la hora de retirarse.

El domingo las actividades empiezan temprano con las mañanitas para la Virgen por el Mariachi Zapoquicense y Nuevo Amanecer; le sigue una eucaristía en su honor. El templo ya está lleno. Luego viene el tiempo de la comida y el baile. Se sirve atole con tamales para todos los asistentes, pero hay una mesa especial para el obispo y los más cercanos, tal cual se planificó días antes. Cuando la comida termina, afuera los chinelos hacen lo suyo bajo un gran toldo que cruza de acera a acera. Pero ahora no están solos; luego de sus bailes, el turno es de la Cuadrilla Santiagueros de Iztapalapa Francisco Villa con su esmerada y cuidadosa representación. Y empieza la vuelta de la Virgen hacia la parroquia en otra romería. En el camino, nuevamente cohetes, música y baile se abren paso; santiagueros y chinelos, unos actuando, otros danzando acompañan a la abundante gente reunida. Hay que abrirse paso entre los juegos mecánicos, puestos de comida y entretenimientos que se han instalado para la ocasión. Las calles por donde pasa la procesión están coloridas; días antes en el afiche se pedía a la gente que las adornaran de colores blanco y azul. Así lo hicieron.

La tarde entera estará dedicada a la celebración popular en la Parroquia de la Resurrección. La fiesta tiene múltiples dimensiones: la religiosa, la lúdica, la comercial. Una misa de Acción de Gracias inicia a la una, le sigue la Danza Azteca Nahualcoyotl, del Pueblo de la Candelaria, la tradicional competencia del palo encebado y eventos artísticos. A las siete, la última misa de la jornada que continúa con un concierto juguetón donde se imita a artistas mexicanos de amplia popularidad, como Lupita D'Alessio, Laura León, Lucha Villa, Juan Gabriel Isabel Pantoja.

La parroquia se convierte en el epicentro de la colonia; los puestos de comida, los juegos mecánicos y los entretenimientos toman las calles aledañas. Es el tiempo de la familia en el espacio público; hay

niños y ancianos, parejas y jóvenes, religiosos y laicos. Todos unidos participando en la feria, cada quien de acuerdo a su necesidad.

Cuando la oscuridad lo permite, instalada la noche, empieza la quema de fuegos pirotécnicos, que culmina con la quema de toritos —donados por los locatarios del Mercado de la Bola—. Es el momento cúspide de la fiesta, parecería que todo se alinea en una misma dirección, todos miran el cielo iluminado; santos y mortales terminan siendo uno solo entre el estruendo, el humo y el movimiento. La fiesta ha terminado.

FIESTA EN HONOR A SAN LUIS REY.
EL VÍNCULO ENTRE LO RURAL Y LO URBANO

Juana llegó de Michoacán hace 30 años con su familia. Su madre, fiel devota de San Luis Rey en Nahuatzen, entró en contacto con el párroco de la Iglesia de la Resurrección para promover un novenario en honor del santo, pues era muy difícil desplazarse hacia su pueblo cada año y había muchos michoacanos en la colonia; se organizó una colecta para hacer una imagen similar a la del pueblo. Como la fiesta allá era la última semana de agosto —entre el 24 y el 28—, se decidió hacer el evento en México una semana antes o una después, de manera que quienes estuvieran en el Distrito Federal pudieran ir, y viceversa. Entonces, aparte de los michoacanos, pocos conocían a San Luis en El Ajusco, pero poco a poco las personas del barrio se fueron involucrando. Ahora son 21 años de promover activamente su devoción.

En Nahuatzen ésta es la festividad más significativa. Dura cinco días ininterrumpidos, pero se la prepara todo el año. Todos participan de distintas maneras, se revierte la autoridad política y religiosa, se suspenden las relaciones habituales y se ocupan todos los espacios más importantes.³¹ Hay danza, ritos, rezos, cohetes,

³¹ Roberto Cipriani, *El pueblo solidario. Nahuatzen: de la cultura purépecha a la modernización*, Zinacantepec, El Colegio Mexiquense, 2009, pp. 218-219.

ventas, jaripeo, música, representaciones, alcohol. La fiesta toma la vida, se trata de un “hecho social total”.³²

Por su parte en El Ajusco, entre septiembre y febrero el Santo está en la Capilla de la Anunciación resguardado por las autoridades eclesiales, pero cuando se acerca la fiesta, de marzo a agosto, sale en peregrinaciones por los hogares en manos de la Comisión Organizadora Michoacana de Residentes en el Distrito Federal de la Colonia Ajusco Coyoacan. Aproximadamente, en estas dos décadas, San Luis ha visitado más de tres mil hogares. La delicada administración de los vaivenes del santo recae en la señora Juana, que a finales de febrero, cuando se acerca el tiempo de las visitas, invita a su casa a una serie de responsables de distintas colonias cercanas y organiza un calendario minucioso indicando cuál será el recorrido. A cada quien le tocará una fecha y deberá cuidar que el traslado, la recepción y los rezos salgan bien. Los gastos de transporte y comida son compartidos; para vestir a San Luis la gente se ofrece como voluntarias, por supuesto que no faltan interesados: en 2008 tenía asegurados sus atuendos hasta el 2022. El esquema de participación y cuidado es similar al de Nahuatzen, pero con las particularidades de la vida urbana:

Allá visten a la imagen —explica la señora Juana que tiene a toda su familia viviendo todavía en su pueblo que visita con regularidad—, hay gente que ofrece cirios, cera, comida para las bandas. El pueblo está dividido en cuatro barrios, en cada barrio hay cargueros, uno es de soldaditos, otro de moros, otro de toros, castillos y así, cada barrio tiene su banda, todos contribuyen. Aquí no hacemos tan largo el festejo, sólo el fin de semana porque la gente trabaja, pero igual la gente ofrece alimentos, la cena del sábado después de la procesión, la comida del domingo, y todo eso. Todos se van anotando con tiempo. El alimento lo tenemos cubierto hasta el 2010, cera hasta el 2013, para el arreglo de la iglesia, ¡un matrimonio se ofreció hacerlo de por vida!

³² Verónica Roldán, “Prólogo”, en Roberto Cipriani, *op. cit.*, p. 15.

Éste es el tipo culto de religiosidad popular “intermedia”, que consiste en que la imagen permanece la mitad del tiempo en el templo y la otra mitad de una comisión no vinculada orgánicamente con la parroquia —en este caso los residentes michoacanos en el Ajusco—. La organización de la fiesta es responsabilidad básicamente de la comisión, y se requiere la presencia de un sacerdote sólo para momentos específicos a solicitud expresa.³³

Decíamos que la mitad del año San Luis recorre las casas de los devotos. Para ello se forman pequeñas romerías que llevan la imagen de un hogar a otro, sea en auto o a pie si las condiciones lo permiten. En uno de estos traslados, Juana anima el camino con cantos, la gente lleva flores. A la llegada al hogar de recepción, los dueños de casa reciben con mixtura y tienen ya preparado un lugar especial en su sala donde acomodarán la imagen con arreglos florales y veladoras, además de sillas alrededor para las visitas. Empiezan el rosario y las alabanzas, todos tienen un pequeño libro con cantos y oraciones. Entre los fieles, algunos son michoacanos y traen su devoción desde allá, pero otros son nuevos creyentes, “a mí —confiesa una participante— me platicaban de él y quería verlo, le pedí a la encargada que me visite y me gustó mucho, además me hizo muchos milagros”. Otra persona insiste en el impacto de su fe en la vida diaria: “Con la fe que uno tiene, él va concediendo muchas cosas. Por ejemplo a mí me duelen mucho mis rodillas, y le he pedido que me ayude a andar. Antes de venir aquí me siento muy mal por el trabajo de todo el día, pero cuando me voy, ya estuve con él, me voy hasta caminando y llego bien. Ése es el milagro que yo le pido”. El encuentro concluye con comida para todos los presentes.

El afiche que convoca a la fiesta y que presenta las actividades es una clara muestra de la naturaleza de esa devoción. Arriba a la izquierda en grandes letras rojas, “San Luis Rey”. Su imagen —la original de Nahuatzen, no la réplica de El Ajusco— al centro ocupa el lugar más importante, rodeada de un collage de tomas del pue-

³³ Hugo José Suárez, *op. cit.*, 2015.

blo: entrada de la iglesia, una mujer con ropa típica, niños vestidos para la fiesta, un varón que monta al toro en el jaripeo y paisaje michoacano. En el anuncio se invita a la fiesta “*en honor* a San Luis Rey”, que se llevará a cabo *en* la Anunciación; es decir, se evoca a la figura, pero el lugar es sólo un espacio de recepción.

En el programa de dos días —resultado de seis meses de trabajo— se anuncia que una buena parte de los eventos se llevarán a cabo en casas particulares. Todo empieza el sábado en la tarde en la casa del señor José Carlos, donde estará esperando San Luis. Llegará la Banda MAS, venida directamente desde Cherán, que acompañará la celebración ambos días. Los lugares de la fiesta se equilibran entre el templo y las casas particulares. Se invita a todos a participar con la familia. Firma, “atentamente”, la Comisión Organizadora Michoacana de Residentes en la colonia Ajusco.

Efectivamente el sábado en la tarde empieza la peregrinación de la casa del señor Juan Carlos hacia la capilla de la anunciación. San Luis va por delante acompañado de la banda MAS de Cherán. Todos bailan en el camino, el alcohol acompaña la peregrinación, muchos cargan botellas de vidrio y otras prácticas bolsas y vasos de plástico. Las bebidas circulan sin importar parentelas o amistades. Los cohetes se hacen sentir abriendo camino y anunciando el paso del Santo. A la llegada a la iglesia, un grupo, el de jóvenes y los que más han consumido alcohol, se quedan en la puerta. Al recinto entran la banda, mujeres, algunos hombres y niños. El templo queda lleno, la banda se coloca al fondo e inunda el ambiente tocando música michoacana. El sacerdote recibe y da las gracias; hay aplausos y rezos, y se invita a la misa del día siguiente. La señora Juana toma la palabra, agradece y convoca. Con los últimos rezos, el sacerdote se retira. En la calle la fiesta comienza, en la noche habrá cena con la banda en una casa particular.

El domingo las actividades empiezan temprano con las mañanitas para San Luis a cargo de la banda en la capilla de la Anunciación. Luego una misa dominical ordinaria seguida de un almuerzo ofrecido para la banda en el domicilio de uno de los miembros de la comisión organizadora. A las doce es la misa especial en honor

al santo; en la iglesia ya no cabe más gente. En la primera fila están sentadas las “marichas” vestidas con especial esmero (mujeres jóvenes con atuendos tradicionales que en la fiesta de Nahuatzen son las encargadas de coronar a los vencedores en el jaripeo); al fondo la banda que toca música purépecha acompaña la eucaristía.³⁴

Al terminar la ceremonia, el sacerdote en la puerta echa agua bendita; al salir, la gente hace una reverencia al santo; muchos se acercan, le rezan, lo tocan, le toman fotos, lo acarician antes de retirarse. Afuera el festejo continúa. La banda se instala debajo de un gran toldo que permite a todos sus miembros estar cómodamente sentados y protegidos del sol: es mediodía. Los puestos de juegos y comida abundan. En una improvisada mesa entre la banda y la iglesia se venden “micheladas bien frías”.

Los varones visten atuendos de origen rural: sombrero de ala ancha, camisas con figuras de caballos y botas; algunas mujeres portan vestidos y blusas indígenas y adornos en el pelo. Los jóvenes tienen el cabello muy corto, con cortes que forman figuras dejando ver el cuero cabelludo, en algunos casos está teñido. Usan playera, *jeans* y tenis. Se nota en el rostro y en los gestos que son parientes pero con distancias culturales. El alcohol y el baile es el lugar del encuentro, todos saben el mismo paso y conocen cómo hacerlo.

En la noche, luego de la última misa dominical ordinaria de las siete, la fiesta termina con el baile —como todo el fin de semana, amenizado por la banda MAS, de Cherán— y la tradicional quema del castillo.

³⁴ En la fiesta de Nahuatzen, explica Cipriani, “las mujeres no tienen funciones específicas durante la fiesta, a no ser que participen como *marichas*, es decir, como muchachas en edad de casarse o en el grupo de *los toros*, llevando consigo una pequeña reproducción de un toro (con evidente simbología sexual), bailando con los jinetes e incitándolos a desempeñarse bien en el jaripeo para la conquista de la palma, el premio, que consiste generalmente, según las circunstancias del momento y las posibilidades del oferente, en un toro, o un caballo, un electrodoméstico[...]” (*op. cit.*, pp. 229-230).

FIESTA DEL 15 DE SEPTIEMBRE. LO CÍVICO Y LO RELIGIOSO

El patio central del kínder que funciona en las instalaciones de la parroquia de la Resurrección, al lado del templo, se convierte en el escenario central donde se llevará a cabo la celebración del Grito de la Independencia del 15 de septiembre. Una de las características de esta parroquia administrada por la Compañía de Jesús es su variada oferta sociocultural. El generoso espacio parroquial alberga una cancha de fútbol, una de basquetbol, un salón de fiestas, un consultorio médico, amplios jardines y una escuela para niños pequeños.

La iniciativa de festejar la fiesta cívica en el ámbito religioso provino del párroco con una doble intención. Por un lado, se trata de una actividad con miras a recaudar fondos para organizar la fiesta patronal de noviembre, que es muy costosa y con múltiples actividades. Pero por otro lado, para el sacerdote

es una manera de expresar una postura de la parroquia respecto de lo que pasa en el país. El grito yo lo traduzco en información de la situación de la comunidad, por eso al final yo tomo la bandera y la Virgen —pensando en el cura Hidalgo— y grito actualizándolo con “vivas” y “muera”. Para mí la fiesta es un momento de conciencia y de convivencia, de recordar los orígenes de este país. Es un grito de libertad, mostrando que éste no es un país en abstracto, sino que tenemos diferentes culturas, que hay muchos Méxicos. Quiero despertar la conciencia de solidaridad, ésa es mi intención.

La idea originalmente nació en Chihuahua, donde hace algunos años el mismo sacerdote administraba una parroquia. Allí había una manera muy conservadora de concebir la iglesia completamente separada de la sociedad. Sus sermones eran criticados por su contenido y fácilmente se lo tachaba de ser un cura que promovía la política, “tenían una idea de Iglesia divorciada de la sociedad: la Iglesia es buena, el altar es sagrado, nosotros somos unos pecadores.

Cuando yo empiezo a hablar en mis sermones de que nuestra fe debe responder a la vida diaria, me dicen que soy muy político, que mejor hagamos solamente cantos celestiales". Por eso se le ocurrió celebrar el 15 de septiembre y, entre cada presentación, intervenir dando información muy concreta y con mensaje claro: "el cura Hidalgo nació tal año, se metió al seminario, promovió la artesanía, se dio cuenta que había esclavitud y luchó por la independencia". Ese formato le permitió introducir la idea de reconocer "el papel de la Iglesia metida en la sociedad, fue una manera de concientizar, de evangelizar en medio de la vida".

Ya en la Ciudad de México el padre organiza la Fiesta Mexicana —hace 10 años— coordinado básicamente con una o dos personas más. En realidad su función es articular las distintas iniciativas de quienes quieren contribuir poniendo una mesa para vender algo o participar con bailes o cantos.

En el día del evento, que sucede antes del grito oficial porque si no la gente se va a alguna de las otras celebraciones, el escenario está montado desde las seis y media de la tarde. En el patio se instala una gran lona, una tarima, sillas para unas 100 personas —aunque paradas entran unas 200— y puestos de comida. Hay de todo, pero sólo comida mexicana: sopas, quesadillas, gorditas, flautas, tacos de suadero, tostadas de guisado de chicarrón en salsa de tomate, quesadillas, pambazos, elotes, esquites, café de olla, atole, tamales, dulces artesanales o típicos de las fiestas patrias, algodonés, gelatinas de colores y más. Quienes atienden llevan trajes típicos y tienen adornados sus puestos con banderas, listones de colores de la bandera, muñecos típicos. Las aulas se convierten en espacios para juegos de niños, botellas de plástico para ser atrapadas por aros o un boliche de latas vacías de refresco. El puesto más curioso es la emulación de un registro civil administrado por jóvenes: sobre la mesa, un par de aros, un saco y corbata, y un velo de novia. Entre forcejeos juguetones, la pareja se pone enfrente del juez con los atuendos respectivos que les lee la cartilla oficial, les hace firmar un documento satírico a novios y testigos, y les coloca los anillos de compromiso. La boda cuesta cinco pesos.

El ambiente es festivo pero familiar, muchos se conocen, no se venden bebidas alcohólicas. La mayor parte de los participantes son adultos y ancianos, seguidos en número por niños y algunos jóvenes de entre 12 y 18 años. Predominan las mujeres. Considerando que uno de los objetivos es la recaudación de dinero, se habilita un puesto donde se compran fichas —monedas de madera con el valor inscrito con plumón— para ser usadas en cualquier puesto. Esto permite el control de lo recaudado.

En el escenario, el maestro de ceremonias se encarga de presentar a los distintos grupos de baile. Empiezan las danzas folclóricas de distintas regiones del país con trajes muy cuidados y pasos bien aprendidos. Entre tanto, invita a “probar las tostadas de guisado de las compañeras catequistas que están a sólo 10 pesos”, y promueve el consumo. Pero a la vez, cada pausa es motivo para dar información muy precisa sobre la historia de la lucha de la Independencia, la composición demográfica del país, datos estadísticos sobre las poblaciones indígenas, las lenguas, la relación de género o la etaria, el empleo y desempleo, etcétera. Cada dato esmeradamente tomado de una fuente oficial como el Instituto Nacional de Geografía y Estadística (INEGI).

Al finalizar los primeros bailes, empiezan a cantar tanto personas improvisadas que al calor de la fiesta no resisten la tentación de subir al escenario, como conjuntos semiprofesionales o imitadores de las grandes figuras de la música popular como Vicente Fernández. Cuando concluye su música un cuarteto de señores de la tercera edad, se anuncia un concurso que premia al puesto mejor adornado; el primer galardón es una Biblia latinoamericana grande; el segundo una de tamaño menor, y el tercero un libro de cantos. El jurado —compuesto entre otros por el párroco— anuncia el ganador, pero la gente ironiza y cuestiona el resultado gritando el tradicional slogan que Andrés Manuel López Obrador utilizó en las elecciones del 2006: “voto por voto, casilla por casilla”. Alrededor de las nueve y media de la noche, llega al escenario un grupo de jóvenes de una escuela de baile de Santo Domingo, la colonia vecina; a diferencia de la mayoría, el conjunto no tiene una relación tan estrecha con la

parroquia. Su destreza es notoria. Bailan distintos ritmos, todos modernos, desde *tecno* hasta *hip-hop*. Están en la tarima entre 30 o 40 minutos robándose los aplausos del público.

Como se había anunciado, la fiesta concluye con el grito dividido en dos episodios. Sube el sacerdote al escenario con la bandera en una mano y un grupo de jóvenes que sostiene el estandarte de la Virgen de Guadalupe. Toma el micrófono y empieza su discurso sobre la coyuntura política nacional:

Ustedes saben cómo está la situación del país, concretamente la de los maestros. Los invito a un taller de análisis para que nos informen cómo están las tres reformas: educativa, hacendaria y energética. Todas se derivan de un tronco común que es el Pacto por México. Muchos no sabemos ni qué es eso, necesitamos informarnos y después que cada uno tome sus propias decisiones. Los maestros ayer salieron del Zócalo por la represión, están concentrados en varios lugares de la ciudad como en el Monumento a la Revolución y aquí cerca en la Escuela de Antropología en Cuicuilco. Si alguno quiere llevarles algo de comer o una cobija, sería muy bueno, hay mujeres y niños.

Luego pide que todos se pongan de pie y continúa:

Tomemos en cuenta esta situación del país en la que todos estamos sufriendo, pero también tenemos la esperanza de la lucha por salir adelante. Por eso los invito en este año 2013 a gritar por nuestra liberación y nuestra esperanza: ¡Vivan todas las personas comprometidas por la justicia! ¡Viva nuestra patria, nuestras tradiciones y nuestra cultura! ¡Vivan nuestros jóvenes comprometidos! ¡Vivan nuestras Comunidades Eclesiales de Base! ¡Viva la Iglesia comprometida con el pueblo! ¡Vivan todos nosotros que queremos un México mejor!

¡Que muera la injusticia! ¡Que muera el mal gobierno! ¡Que mueran todos los que viven y promueven la corrupción! ¡Muera la corrupción que nos están matando en este país! ¡Muera la corrupción

del Ministerio Público, de la policía, del ejército vendido y que va a desfilar pasado mañana hasta con los internacionales! ¡Que muera toda la violencia que vivimos entre nosotros! ¡Que viva México! ¡Que viva México libre! ¡Que viva el México indígena! ¡Viva el México mestizo! ¡Viva el México que lucha por la justicia! ¡Que vivan nuestras mujeres! ¡Que viva todo el pueblo mexicano!

Cada “viva” o “muera” es correspondido por la gente y acompañado por campanas. Todos de pie, con el sacerdote llevando la batuta, se canta el himno nacional en coro general mientras flamean banderas mexicanas. En la última participación de despedida el religioso concluye: “¡Viva México! ¡Viva la Virgen de Guadalupe! ¡Viva México y viva la Iglesia! ¡Un aplauso para todos nosotros!”

Ya son casi las once de la noche. La gente empieza a retirarse.

12 DE DICIEMBRE.

LA FIESTA GUADALUPANA DESDE LA ESQUINA DE LA CASA

Mucho —y bien— se ha escrito sobre la Virgen de Guadalupe y su importancia en México, y no es para menos. Una de las tantas dimensiones de este culto es la fiesta que sucede año tras año el 12 de diciembre en la Villa, cuando se congregan millones de personas en la peregrinación más importante de la nación. Pero la experiencia en la Basílica de Guadalupe trasciende formas y fronteras, se reproduce donde haya un devoto en cualquier lugar del planeta. El catolicismo popular asume rostros innovadores, es el momento para que los creyentes —como quieran y apoyados en el soporte que mejor elijan— den rienda suelta a su imaginación. Todo en miras de rendirle homenaje a la Guadalupana.

Pero este lugar multitudinario de peregrinación y fiesta tiene su contrapartida y sustento en la dinámica cotidiana del barrio, de la calle, de la colonia, de la esquina de la casa. En la colonia El Ajusco, en la mayoría de las 50 capillas callejeras se organizan actividades, rosarios, reuniones, música, bailes y cohetes. Claro, las

magnitudes e intensidades son diferentes aunque la intención sea la misma. Pongamos la atención en dos experiencias.

La familia Quiroz tiene en la puerta de su casa una capilla muy arreglada y bien mantenida. La base es una jardinera rectangular de seis por tres metros con azulejos y una reja blanca. A la derecha, se levantan robusto pilar que sostiene capilla que alberga a la Virgen de Guadalupe, acompañada por San Judas Tadeo, la bandera mexicana de fondo y rosas rojas. La vitrina, alumbrada por dentro, es de vidrio y tiene una chapa cuya llave administra la familia. Afuera, claveles naturales blancos y rojos recién puestos. Hasta hace algunas semanas, la jardinera tenía una fuente de agua que dejó de funcionar cuando se robaron la bomba de alimentación que próximamente será repuesta.

Los Quiroz tienen 30 años viviendo en esa casa, el mismo tiempo que la capilla. La pusieron porque en aquella época había muchos asaltos y accidentes, incluso pandillas se peleaban, pero la imagen apaciguó la calle. Ellos se encargaron de la construcción y la vecina del frente donó la imagen. Desde entonces, ha hecho varios milagros:

Había una mujer —cuenta el señor Quiroz— que todos los días venía, estaba enferma de las piernas, casi no podía caminar, y en las mañanas se ponía agüita de la fuente a sus rodillas. El otro día la vi en una peregrinación caminando sin bastones, me acerqué y le pregunté cómo se había curado, y me dijo que fue gracias a la Virgen. También una familia tenía una niña que seguido iba al hospital, paraba en urgencias. Un día salieron los doctores y les dijeron a los padres que la niña no iba a amanecer, ellos vinieron a llorarle a la Virgen, le ofrecieron que iban a poner su portada por siempre —de hecho no cumplieron su promesa...— y al día siguiente el doctor les dijo que su hija se había recuperado y hasta ahora no se ha vuelto a enfermar, ya entró a la primaria. Es un milagro.

Durante el año entero los Quiroz participan en distintas iniciativas. Terminando la misa de diciembre, se juntan los vecinos y empiezan

a recolectar dinero para el próximo año. Una persona —en esta ocasión la suegra— ocupa el rol de mayordomo, lo que implica recolectar y administrar el dinero, repartir funciones, tareas y cuidados. Regularmente, cada 12 se le hace una misa, se le reza, se le cambia el vestido y se le ponen flores. La llave y la responsabilidad van rotando; nunca faltan voluntarios. El tercer domingo de enero, luego de que pasó la fiesta de Reyes, se lleva a cabo una peregrinación muy nutrida. Salen a las cinco de la mañana unas 20 personas, atraviesan varias iglesias tirando cohetes en el camino hasta llegar a la Basílica; entonces son como cuatro mil.

El 10 de mayo, Día de las Madres, se celebra una misa; mariachis cantan Las Mañanitas y se organiza un convivio con todos los que desean participar; las puertas están siempre abiertas. La fiesta más grande es en diciembre. El 11 en la noche empiezan con Las Mañanitas, se sacan sillas de plástico y se invita café y ponche donado por alguno de los vecinos o familiares. Al día siguiente en la fiesta hay más participantes, se cierra la calle, se trae un conjunto y se da comida a todos. Son alrededor de 100 personas.

Pero quizás una de las fiestas más concurridas y sonadas es la que ocurre en la calle Totonacas. El principal animador es Rogelio Granados, de 34 años, hijo de migrantes michoacanos que vive en El Ajusco desde su nacimiento. Es un católico activo: va a la Villa cada 12 de mes, a misa los domingos, reza regularmente e inculca y alimenta la vida de oración y fe en su casa con su esposa, hijos y madre. Además participa en un grupo de baile de chinelos que lo mantiene en actividad permanente en distintas celebraciones de la zona.

La capilla que tiene en la puerta de su domicilio es muy modesta en comparación con otras de la colonia. Es una construcción de ladrillo barnizado que emula una pequeña casita, techo con tejas desgastadas, vidrio y rejas blancas. Flores naturales combinadas con flores de plástico. No más de un metro cuadrado de superficie, y un metro y medio de alto. En su interior: la Virgen y Juan Diego hincado frente ella. Pero la magnitud de la fiesta en diciembre es sorprendente.

La capilla se construyó hace 10 años, y ya se hacían peregrinaciones, pero los últimos cinco años Rogelio tomó a su cargo la organización “para hacer la fiesta en grande”. La imagen, dice, es milagrosa. Alguna vez iban caminando en procesión y un coche se les vino encima; él tuvo tiempo para advertir el peligro y todos pudieron hacerse a un lado dejando que el impacto fuera con un muro sin lastimar a nadie: “Fue un milagro”. Pero el momento en que sintió a la Virgen más cerca fue cuando intervino por la salud de su hija, que nació con la columna quebrada. Le pidió de todo corazón que la ayudara —“Yo ya no iba ni a fumar ni tomar”—, y por su intercesión, la niña se curó. Por eso, “No tengo palabras para agradecerle lo que ha hecho por mí”, concluye.

La organización de la fiesta de diciembre empieza en enero. Un grupo de 10 a 15 personas —vecinos y familiares— se reúne para planificar. Son cinco los rubros fundamentales de la organización: novenario, pirotecnia, música, jaripeo y baile. También se deben tramitar los permisos oficiales con la delegación para poder cerrar la calle, tener seguridad policial y asistencia médica. Los miembros dan contribuciones voluntarias y sostenidas de entre 50 o 100 pesos que Rogelio se encarga de administrar, y rinde cuentas cuando es necesario. Este pequeño grupo es el que decide la agenda y realiza las contrataciones y la organización detallada del evento.

En el transcurso del año, el 12 de cada mes se organiza el rezo de un rosario hasta que llega diciembre, que es cuando las actividades empiezan a partir del tres con una misa y el novenario. En esos nueve días se intensifican los rezos, un rosario diario de casa en casa haciendo peregrinar a una imagen de la Virgen por distintos hogares. Se pone un letrero invitando a los vecinos a participar y a recibirla, se anota quién quiere tenerla en casa, además de aquellos que desean colaborar de otra manera, sea con una contribución económica, flores, cohetes o lo que les nazca.

El 11 empieza la fiesta con la banda entre las seis de la tarde y las once de la noche. Se lleva la Virgen a la misa en la parroquia, son pocos, una centena de familiares y vecinos. Vuelven en peregrinación doblados en número. A las 11 llegan los mariachis y le

cantan Las Mañanitas hasta la una de la mañana. Al día siguiente, se cierra la calle, se arma un rodeo con barras de metal y una tupida alfombra de tierra, se monta un escenario para el grupo de música y se le ofrece una misa al mediodía con chinelos y banda. A las cuatro de la tarde empieza el jaripeo con toros y jinetes contratados y traídos de Milpa Alta. Así narra Hernández la fiesta del 12 de diciembre de 2011:

Al ritmo de música de banda, son entonadas las mañanitas en honor a la Virgen de Guadalupe. Mientras tanto, algunos hombres —en su mayoría jóvenes— cargan la imagen y entran a un pequeño ruedo instalado en medio de la calle de Totonacas. En este sitio se lleva a cabo un jaripeo. Rogelio Granados agradece a los asistentes su cooperación y buena fe para que continúe realizándose el espectáculo; asimismo les pide que tengan respeto hacia la imagen de la Virgen.

La celebración continúa con la presentación de los ocho jinetes que más tarde participarán en “las montas”, en las que éstos deberán aguantar el mayor tiempo posible montados sobre un toro. Con fuertes aplausos y rechiflas, es recibido cada uno de los montadores; a manera de reverencia, se persignan ante la imagen de la Virgen y se encomiendan a ella para no sufrir ningún accidente. Al terminar las presentaciones, la guadalupana es despedida del ruedo y colocada nuevamente en su altar, adornado con flores y globos de mucho colorido.

Después de varios minutos en espera, aparece un toro de gran tamaño, observado con asombro por la multitud. El animal es acorralado entre varios sujetos para que el jinete lo pueda montar. Mientras esto sucede, un par de niños —con la cara pintada de payasitos— baila al compás de música de banda, lo cual entretiene por un momento a la gente que ya se encuentra a la expectativa para ver la primera monta. La cuenta regresiva da inicio, se abre la puerta y el toro sale enfurecido, intentando quitarse de encima al jinete, quien resiste varios segundos sobre la bestia y es ovacionado por el público.

Antes de preparar al siguiente toro, “El cejas” —otro animador que también porta una vestimenta de payaso— comienza a revolver una baraja y, conforme va contando del uno al diez, tira una de las cartas hasta finalizar el conteo. La última, la número diez, tiene un premio, que se otorgará al afortunado dueño que haya comprado la carta previamente al juego. La carta tiene un costo de diez pesos, y el regalo consiste en una botella de refresco, o bien, en una cerveza fría. Conforme pasa la tarde, se mantiene la dinámica: los jinetes se preparan para montar al toro mientras el resto de sus compañeros esperan su turno. Por su parte, los animadores siguen interactuando con los espectadores a través del juego de la baraja y la venta de cartas; de igual forma, invitan a entrar al ruedo a los niños para que bailen junto con ellos y más tarde tengan la oportunidad de subirse sobre una vaquilla.

El ambiente comienza a tornarse más denso, pues entre el olor a pólvora provocado por la quema de algunos cohetes, se percibe ligeramente un olor a mariguana. Asimismo, la venta de las cartas sube de precio porque ahora el premio ya no es un refresco o una cerveza, sino una botella de tequila; prevalecen gritos de emoción y aplausos; sin embargo, el sonido que sobresale es la música de banda. Se hace notoria la presencia de varios jóvenes situados cerca del ruedo, que cantan y bailan música de este género. Algunos de ellos se ven altamente alcoholizados, lo que parece no importar a los demás, ya que la atención se mantiene centrada en los bravos toros y en sus domadores. Al llegar la noche, concluyen “las montas” y se abre paso al gran baile con la presentación de un grupo musical de tipo grupero.³⁵

Formalmente la fiesta concluye cuando la banda termina su contrato, a las tres de la mañana, pero la algarabía popular alimentada por música y alcohol a estas alturas está fuera del control. El festejo se

³⁵ María de los Ángeles Hernández, “Excurso 3. Celebración de la Virgen de Guadalupe en la colonia Ajusco, 12 de diciembre de 2011”, en Hugo José Suárez, *Creyentes urbanos. Sociología de la experiencia religiosa en una colonia popular de la ciudad de México*, México, UNAM-IIS, 2015.

irá apagando paulatinamente hasta encontrarse con las luces del amanecer. Comienza para Rogelio un nuevo año de planificación.

CONCLUSIONES

El paseo detallado por cuatro rostros de la fiesta religiosa urbana popular tuvo la intención de mostrar la diversidad y las distintas funciones de cada una de ellas. En el primer caso, vemos cómo opera la fiesta patronal, que es un imán que convoca a los otros santos y vírgenes consolidando los lazos entre ellos —y sus responsables— pero a la vez permitiendo el contacto y la participación masiva de todos los creyentes de la zona. Es un banquete al cual todos están invitados, por eso puede acudir desde la imagen de mucha importancia en una parroquia vecina, hasta la que está en el altar de un domicilio particular.

Con San Luis Rey se renueva el vínculo de los migrantes michoacanos con su comunidad de origen tejiendo el tránsito urbano-rural, pero a la vez, se observa una devoción que se expande seduciendo a nuevos creyentes y satisfaciendo otras necesidades de fe, ahora propias de la urbanidad. Además funciona como un posicionamiento de los migrantes que a través de su santo consolidan un nuevo lugar de prestigio y poder en la colonia.

La fiesta del 15 de septiembre es una particular combinación de una iniciativa eclesial que responde a las inquietudes del sacerdote, pero que tiene una importante acogida entre los fieles. Lo más relevante es que es el momento en el que se empata lo cívico con lo religioso en la voz de un sacerdote que, como Hidalgo, habla de la nación y de la religión a la vez, todo con un acento marcadamente progresista.

Por último, las festividades alrededor de la Virgen de Guadalupe enseñan la potencia de esta devoción en la vida cotidiana, en la cercanía de la calle. Su organización implica la participación de muchas personas de distintas maneras. Todos tienen un lugar para formar parte de la fiesta y colaborar con ella. Al igual que con los

michoacanos, el jaripeo trae la dinámica de lo rural hacia lo urbano, pero le da un nuevo toque.

De lo aquí expuesto se pueden extraer algunos elementos conclusivos.

En primer lugar, como lo ha sostenido la sociología de la religión desde sus inicios, la presencia y la expansión de las festividades religiosas responden a necesidades de fe de sus creyentes en un contexto urbano muy particular. Su funcionamiento no es el resultado de una inteligencia institucional; todo lo contrario: con o sin ella la fiesta sigue su camino. Un segundo elemento es que las fiestas se pueden llevar a cabo porque reposan sobre una participación masiva, no solamente en el excitante momento del encuentro festivo, sino en la organización que en ocasiones puede durar todo el año. Los mecanismos de involucramiento son de una geometría variable que permite a los creyentes comprometerse de acuerdo a sus posibilidades en términos de tiempo o economía; todo el que así lo desee encontrará la manera de ser parte. En tercer lugar, la fiesta es el momento de establecer nuevas jerarquías y redistribución del prestigio y el poder local en actores que no necesariamente lo tienen en otro tiempo del año. Así, el vecino, que es un trabajador más, ese día puede hablar con el jefe de la delegación y cerrar la calle por 24 horas; el michoacano migrante puede celebrar la fiesta de su pueblo en el centro de su barrio; el dueño de una virgen puede bloquear la avenida sin respetar los semáforos ni el tráfico. Un cuarto aspecto es que las fiestas permiten resemantizar el territorio dándole una carga simbólica mayor a aquellos lugares que en el transcurso del año son de tránsito: “*hacen suyo* el espacio significándolo. Es decir, generando identificaciones particulares sobre el lugar específico”.³⁶ En este mismo sentido, la fiesta permite la vinculación de distintos niveles de religiosidad; es la oportunidad para que la imagen que está en el altar privado —lugar de oración familiar y de vida ordi-

³⁶ Ana María Portal Ariosa, “Las creencias en el asfalto. La sacralización como una forma de apropiación del espacio público en la ciudad de México”, en *Cuadernos de Antropología Social*, núm. 30, 2009, p. 63.

naria en la sala de los hogares— salga y se encuentre con el santo que “vive” en la parroquia, o en dirección contraria: que la Virgen visite el hogar. Se crea un nuevo vínculo entre la forma pública de la religiosidad colectiva que se manifiesta en la figura de la Virgen y la imagen de veneración privada.

Finalmente, como lo señalaban ya algunas investigaciones en los noventa³⁷, las fiestas populares no son la reproducción de la tradición en el contexto moderno, ni “una mera manifestación de un pasado enterrado”.³⁸ No se entiende una fiesta si sólo se ve en ella una oportunidad para la actualización de prácticas y memorias. La fiesta es invención, es producción y reproducción a la vez. Por eso es una oportunidad para la combinación y cohabitación sintética de varias dimensiones³⁹. Ello implica que bajo su paraguas se pueden pensar las más diversas combinaciones, desde héroes nacionales hasta caricaturas infantiles de televisión. Las fiestas urbano-populares —en ese clima de recomposiciones abigarradas— permiten tender puentes entre lo rural y lo urbano, lo cívico y lo religioso, lo sagrado y la vida cotidiana con relativa consistencia.⁴⁰ Por eso, las fiestas religiosas seguirán encontrando en la ciudad uno de los espacios más cómodos para su realización.

³⁷ Vania Salles y José Manuel Valenzuela, *op. cit.*; Ana María Portal Ariosa, *op. cit.*, 1997.

³⁸ *Ibid.*, p. 34.

³⁹ “Debido a la naturaleza multifacético de las fiestas, estas identidades incorporan de manera abigarrada elementos sacros y profanos, novedosos y tradicionales, oficiales y populares, de integración y de resistencia cultural” (Vania Salles y José Manuel Valenzuela, *op. cit.*, p. 17).

⁴⁰ “Lo urbano en México se construye a partir de la integración de formas complejas o ‘modernas’ en interrelación con lo rural o ‘tradicional’, e incorpora un mosaico muy variado de prácticas dentro de las cuales la religiosidad popular juega un papel central. Es en ese marco donde se construyen y recrean formas particulares de la identidad social” (Ana María Portal Ariosa, *op. cit.*, 1997, p. 46)